

II.

LA IZQUIERDA.—OPORTUNISTAS Y RADICALES.

Monotonía forzosa de este capítulo.—Todos pícaros.—Los Demasiado conocidos.—El Radical es más vocinglero que el oportunista.—Clemenceau ó el Caballero de la *rastaquouère*.—El terrible Choquard.—Pulidores de horas de carruaje y pulidores de cortesanas.—Un duque de eera.—En la Opera.—Clemenceau y la Derecha.—Un amigo de los Jacobinos.—Más fuerte que Wilson.—Clemenceau y Cornelio Herz.—El *Curriculum vitae* de Cornelio Herz.—Hermosa vida de aventurero moderno.—Herz en el ministerio de la Guerra.—Un servicio mandado.—El silencio de la Prensa republicana.—Los privilegios de un gran oficial de la Legion de honor.—Un capitalista especulador sin igual.—El lenguaje de un hombre libre.—Otro tipo de Radical: el virtuoso Floquet.—La Sociedad hipotecaria de Túnez y Mustapá ben Ismaíl.—300,000 francos en diamantes debajo de los sobacos.—El lado ridículo de todo esto.—Floquet engaña á Freycinet.—Flourens ó el ministro indispensable.—Lo que diría Jugurtha en París.—Un grito del corazón de Thors.

Pocas observaciones se nos ofrecerán en este capítulo á los sociólogos y psicólogos.

La izquierda, con sus divisiones aparentes varia poco en el fondo, forma una masa pútrida, un ancho charco fétido donde se desarrolla toda la flora pestilencial peculiar del Palacio Borbon: la Corrupcion, el Robo, la Prevaricacion, la Traicion. Heredia tiene sus Sociedades agusanadas como la *República*, cuya historia ha contado Rochefort; Rouvier tiene las suyas, como la *Compañía auxiliar de los ferro-carriles*. Barbe tiene las *Forges de Liverdun*. Cazot es representado en el Senado por la *Compagnie d'Alais au Rhône*, Donnot por su bancarota. Llenarianse páginas enteras con estas letanias, pero nada adelantariamos con ellas.

En efecto, nadie niega que los hombres de Estado republicanos son en su mayor parte abominables pícaros y tunantes rematados. A estos miserables que han faltado á todas sus promesas, abusado únicamente de la credulidad de los electores les llama el Pueblo: los *Harto conocidos*, y canta con Julio Jouy:

Quand, furieux, le Populaire  
Bondit, grondant sur les hauteurs,  
Pour escamoter sa colère,  
Surgit le troupeau des rhéteurs.  
A ces fameux que l'on renomme,  
Le peuple, aujourd' hui, ne croit plus;  
Dans son ironie, il les nomme:  
Les Trop connus!

Comme un corbeau sur un cadavre,  
Révolte! ils fouillent dans ton flanc;  
En Septembre, ils sont Jules Favre;  
En Juin, Albert ou Louis Blanc.  
Lorsque les pauvres sans-culottes  
Pour eux tombent, sanglants et nus  
Ils planent, dans leurs redingotes,  
Les Trop connus!

Tal para cual. «El Clemencismo, dice Rochefort, no es más que el Floquetismo que es á su vez ni más ni menos que el Ferrysmo.»

Se necesita mirar de muy cerca para notar algunas diferencias exteriores entre Radicales y Oportunistas.

Los Radicales son más vocingleros que los oportunistas. Entre ellos los hay muchos de semblante de los rufianes que interceptan la vía pública, cantando á voz en cuello, insultando á los transeuntes inofensivos. Reemplazad á las muchachas callejeras por muchachas de teatros subvencionados, y la semejanza será completa.

El Oportunista, afeminado por algunos años de bienestar que ha conocido bajo el gobierno oculto de Gambetta, no se atreve ya á luchar con los Ronquins de Montmartre y otros lugares de voz sonora y apodos de género gordo, sino que se desliza suavemente por la acera, á fin de evitar trabarse de palabras. Además de esto ¿qué podría decir? El Radical austero actual ha servido la mayor parte del tiempo de lacayo al Oportunista, cuando este ocupaba ya buena posición; ha sido el compañero mal vestido ante quien se hablaba libremente, ante quien no causaba disgusto darse apariencias de Morny.

El Radical habíase comprometido á menudo con la Commune, volvía del destierro sin un céntimo, algo desorientado acerca del empedrado de París. El Oportunista, generoso y bueno, se encargaba de introducir otra vez al desclasificado en la vida normal; se le enviaba como secretario á las comisiones de compromiso, se le encargaba llevar cartas, cobrar dinero, se le mandaba á los periódicos de provincia y así lo sabe todo. El Oportunista apesarado ensaya á veces desahogarse en el Conservador, pero este teme más aún el alboroto que el Oportunista, y nadie se atrevía á resollar, cuando, antes de la intervencion de Boulanger que les cierra á todos el pico, Clemenceau, escoltado por sus acólitos se pavoneaba por las calles con ademanes que decían: «¿Quién me tose á mí para que le rompa yo la crisma?»

Bien muerto y enterrado está Clemenceau, y, sin embargo creo que se le debe pintar tal cual es. Me ha interesado, porque era el hombre de comandita, el vasallo de Cornelio Herz, y esto me ha llevado á tomar algunos apuntes acerca de él para un cróquis. Algunos socialistas, que me he encontrado al paso en el Palacio de Justicia, me han hostigado también acerca de esto, y me han dicho: «Nos habeis

dibujado exactamente un Gambetta, hacednos pues un Clemenceau.»

En efecto, lo curioso que hay aquí es que en una época como la nuestra, en que el ultraje no perdona ni la toca de la Hermana de Caridad ó las canas de un anciano sacerdote, haya podido arreglárselas el diputado de Montmartre, merced á sus actitudes de valenton, para atacar á todo el mundo y no insultarle nadie á fondo.

La vida social está llena de increíbles anomalías. ¿De qué depende á veces la reputacion de una mujer en el mundo? De la cosa más insignificante. Ciertas mujeres, como la *Dama de rastaquouère*, de quien hablé en la *France juive*, han corrido muchas veces las más ruidosas aventuras; pierden la vergüenza con sus amantes jóvenes; todos sabemos que deben su lujo á sus amantes viejos; pueden hacerlo todo... en su situacion mundana nada perderán; nadie se escandalizaría por encontrarlas en la cama con un galán. Otras, al contrario, han pagado con su consideracion un amorcillo sin consecuencia, un *flirt* (coquetería) á veces muy inocente...

¿De qué proviene? Preguntad acerca de esto á los más maravillosos psicólogos que haya, á las mujeres inteligentes y expertas, desprendidas ya de toda suerte de ilusiones, que lo saben todo, que juzgan lo que pasa en torno suyo con un humor no agriado aún, y os contestarán: «Esto no se explica. La Señora de X... vive como una joven; apenas si tiene 10,000 libras de renta, pero gasta 100,000 y no debe un céntimo; es desagradable á cuanto cabe y se la recibe admirablemente en todas partes y entra donde quiere con la cabeza erguida. La Señora de Z... es una linda mujer, dicen que ha cantado un duetino amoroso con su primo, el oficial de cazadores, pero nada se ha puesto en claro de todo esto y todos cuchichean cuando llega; ella lo sabe, lo siente,... y esta es la vida.»

Algo de esto es la historia de M. Clemenceau. Todo el mundo sabe que es el sucesor en la alcoba de una célebre *cocotte* de una Eminencia académica; pasa su vida en los bastidores de la Opera; ha comido su legítima y hasta mutilado la hacienda de su anciano padre que habita en Sainte-Hermine—como conviene al padre de un republicano tan immaculado como el jefe de la extrema izquierda. Está en el último trance, y su caballería—este nombre tienen los billetes de difícil descuento—comienza á correr. Tiene por añadidura, el más costoso de los vicios: un diario que se obstinan en no leer y en el cual Cornelio Herz y otros rentistas han gastado sumas enormes. Nadie, sin embargo, ha escrito una palabra acerca de Clemenceau con motivo de los últimos escándalos.

Si todos han pronunciado el nombre de Clemenceau, nadie lo ha impreso; en el inmenso clamoreo levantado en torno de los muñidores de algun tiempo acá.

No ha llegado Clemenceau á este resultado á fuerza de hipocresía.

Hablando propiamente no es hipócrita. Está orgulloso de haber bebido en el mismo vaso que un Alteza: ostenta su parentesco con la vieja prostituta que servía de *entremeses* en la Montilla antes de la entrada de Pranzini. En una casa del Bosque de Boloña, donde parece que la *France juive* cuenta con una entusiasta admiradora, Clemenceau tiene su sillón: el *sillon del señor duque*; tiene su apodo: *señor duque*; y él consiente esta chanza poco democrática, con cierta fatuidad gazmoña.

No rinde pues Clemenceau tributo de hipocresía á la Virtud. Este representante de la austeridad republicana, este marido de una mujer intachable, se pavoneaba el verano pasado en un palco, en el Hipódromo, con Erlanger, los Berthier y unas jóvenes y se atrevía á mostrarse públicamente

en compañía de ese banquero alemán absuelto, gracias á él tan probablemente como con la ayuda de Dauphin, pero condenado al mismo tiempo y abrumado de las maldiciones de miles de franceses reducidos á la desesperación y á la ruina.

No es tampoco un buen natural, un meridional redundante y que se burle del *qué dirán* como Gambetta, quien, sin haberse permitido la décima parte de los baturrillos de Clemenceau, aunque no fuera novicio en el arte, tuvo toda la Prensa á sus órdenes.

Más bien sería este un cínico, pero un cínico de la especie grave, un cínico á secas. En ese falso vendeano que insulta todas las creencias de su país, queda, como en Grevy, un lado compesino, un lado pintado, camastron. En Grevy la astucia era embaucadora pero solapada; pero la maulería en Clemenceau tiene el aire brutal, ademanes de perdona-vidas.

Así tiene aterrizados á todos sus colegas en la Cámara, á quienes se apareció cual otro Chocquard. Conocido es Chocquard, el legendario guardia de corps, el terror de los fumaderos y la admiración de las mujeres de mostrador. «Cuidado, joven, por poco me pisáis.—Os juro que no lo intenté.—Muy bien, quedais dispensado, pero no volvais á las andadas.» Y la muchacha de mostrador temblaba subyugada.

Nuestro buen mozo continua siendo aldeano, pero sobre todo es provinciano, á pesar de su talante vivaracho, como todos los hombres de su grupo. Hay algo de Marranería en todos esos abogados y pipiols radicales desertores de algun honrado matrimonio que comen la hacienda conyugal al correque te pillan en pos de todas las prostitutas conocidas.

En la época de Girardin, teníamos en la *Liberté* amigos que eran *pulidores de horas de coches*.

Girardin, muy escaso en los sueldos de sus redactores, no era pródigo sino para los carruajes. El coche era, para él, símbolo de la actividad en el trabajo. «¡Tomad coches!» nos repetía continuamente.

Tomábamos coches para ir á buscar un cigarro, y al día siguiente nos pagaba por el número del cocheró.

Los republicanos han sido siempre ingeniosos; algunos compañeros que venían del barrio latino para saber en las oficinas de un periódico bien informado, cómo estaba el Imperio nos dijeron: «¡Esto es insensato! solo teneis media hora y pagais una. Dejadnos acabar la hora para volver al barrio latino.» Otros hicieron lo mismo y quedó creada la industria de los *pulidores de horas de coche*....

Los Radicales son pulidores de cortesanas.

Aquella á quien la proteccion de Clemenceau ahorró la molestia de ir á declarar en el tribunal cuando el proceso de Pranzini tuvo verdaderamente su hora de radiante hermosura. En 1867 tenia el brillo nacarado, la blancura transparente de la perla, despertaba menos el deseo que una alegría de luz, un reverbero de claridad diáfana que alegraba la vista.» Es una estatua de pastora diosa de Coysevox,» dijo de ella Banville; era mejor dicho una estatua de Pradier, pero con un no sé qué de independiente y salvaje en su atractivo.

Por de pronto, la fiesta de los ojos es ahora algo pasada, y, para pulir este carruaje, no habia necesidad de ir más allá de los Inválidos....

¡Qué importa! Para un gentleman provinciano como es, en el fondo, el amigo de Cornelio Herz, posee el gran encanto de la mujer que ha estado de centinela, el indefinible y bajo atractivo de la Safo de Daudet. Si Marion Delorme, que murió centenaria, hubiese podido llegar hasta nosotros, nuestro hombre la hubiese amado. ¡Querida de Alteza! ¡soñad pues!

La hermosa, cuenta la Crónica, habia comprendido la fuerza de este sentimiento y hecho fabricar un duque de cera de tanto parecido que habria podido figurar en el museo Grévin. El jefe de los Radicales, cuando entraba, veía al duque inclinado hácia el mapa del estado mayor, íbase de puntillas y su pasión se enardecía más....

Todos se parecen tocante á esto. Antiguamente, apenas se apeaba el provinciano de la diligencia, corría al Palacio Real á ver el café de los Ciegos y el Hombre de la Muñeca. Todos estos orgullosos tribunos corren ahora á la «Grande Opera» y se hacen abrir los bastidores para ver en ellos las actrices. ¡Pero qué diálogos se oyen allí! La escena entre la señorita X.... y M. Tirard ha quedado épica.

—Señor mio, decía la dama, me cubris de ridículo. ¿Por qué no os vestís como M. Antonino?

Abrumado Tirard por los remordimientos, dibuja solfas en el suelo con la punta de su baston....

—¡Vaya! no me impacientéis; dejad el baston. Si continuáis viniendo aquí con un pantalon como este, soy una mujer deshonrada....

Los literatos y los pintores de costumbres no buscan sino en un pasado vago ya la Opera brillante y de talento de otros tiempos, el hogar de la danza de Balzac, el tiempo de Coralía y de las Florina, la época en que el duque de Herouville enviaba á Antonia, para primero de Año una caja de dulces dentro de la cual habia una inscripcion de 30,000 libras de renta. Solo para los Radicales ha continuado siendo siempre «la mansion de las Gracias» este mal local solemne y triste parecido á un serrallo en derrota. Acuden allí, y, cosa rara, encuentran todavía grandes señores para pasear en su compañía. Todos los que frecuentan la Opera os dirán que el príncipe de Hennin no se avergüenza de presentarse con Clemenceau....

Cierto que se es libre de no tener ninguna creencia, pero el príncipe de Hennin no es sin contar entre los suyos algún religioso que ha sido expulsado, algún sacerdote que se quiera desterrar. En semejantes condiciones, no es vergonzoso vivir en compañía con ese demagogo vicioso que no tiene, como los revolucionarios plebeyos, la disculpa de un amor sincero del pueblo, con ese perseguidor de los pobres y amigo de los rentistas que á propósito de los Rothschild guarda el más respetuoso de los silencios y que no se cansa de reclamar que se quite su pan á los desdichados vicarios de 900 francos de sueldo.

Por otra parte, con más ó menos ostentacion, segun su carácter, todos los diputados de la derecha viven con igual temor de abandono y amistad con el comanditario de Cornelio Herz. No solamente estan á pan y cuchillo con él, sino que se tienen por muy honrados con tal familiaridad. Los pasillos de la Cámara son el triunfo de Choquard; paséase allí airosamente, ostenta elegancias de clown, mira acá y acullá, acaricia su bigote de guerrero japonés, después se hace tratable; ha espantado, horripilado, hechizado á todos aquellos hombres en cuya imaginacion se presenta como un personaje terrible con quien no conviene andarse con chiquitas. «Sabeis que traspasa de un pistoletazo una pieza de 20 céntimos tirada al aire, sabeis que nunca yerra el más mínimo blanco.» Así hablan, en voz baja, los antiguos á los nuevos y estos miran á Choquard con admiracion.....

Recuerdo una conversacion que tuve acerca de esto con un diputado de la derecha.....

En la discusion del asunto Watrin, tuvo Clemenceau el descaro, estando en pié en el hemiciclo, de interrumpir al orador con una palabra malsonante.

—¿Cómo es, pregunté yo á mi diputado, que uno de vosotros no hizo entrar en razon á ese hombre? Tan fácil como os era arrimarle un sopapo y contestarle: «Caballero, cuando un hombre que lleva la banda de alcalde, ha sido bastante cobarde para dejar asesinar á dos generales que una simple intervencion habria salvado, debiera á lo menos tener el pudor de estarse en su banco y callarse cuando se trata de un asunto análogo.»

—Confieso, me contestó mi interlocutor, que el apóstrofe era tentador, y pensé en ello, pero esto hubiera contrariado á nuestros amigos.....

En efecto, no se tiene idea de las consideraciones que prodiga la derecha á un hombre que pasa la vida insultando á todo cuanto amamos.

Un dia arroja sobre nuestras costumbres parlamentarias la vision de un ángulo del salon de Pas-Perdus, cuando la crisis presidencial, dibujada al correr de la pluma por el *Petit Journal*, que nadie ha desmentido (1).

M. Clémenceau ha tenido con el señor duque de la Rochefoucauld-Bisaccia, presidente de las derechas, una conversacion corta, pero muy animada, que terminó por estas palabras del jefe de la extrema izquierda:

—Tan hermosa llegará á ser la República, que renegaréis de vuestro amor á la monarquía.

—¡Bien! veremos, contestó, sonriendo, el duque de la Rochefoucauld apretando cordialmente la mano de M. Clémenceau.

El respeto más elemental de sí mismo mandaba al duque de la Rochefoucauld-Bisaccia, ahora duque de Doudeauville, contestar á Clemenceau: «Caballero, no nací para servirlos de pantalla; id á bufonear con vuestras picaras. No tengo

(1) *Petit Journal* del 8 diciembre de 1887.

el corazón alegre, soy patriota y me entristece mucho ver todo vuestro lodo republicano manchando de este modo á mi país. Comprendo perfectamente, es verdad, que no os suceda lo mismo á vos que en 1871 opinabais no bastar la pérdida de la Alsacia-Lorena y queriais todavía dar Córcega á Italia (1).»

Francamente ¿es posible burlarse más de los cándidos que, por enviar á la Cámara hombres que les prometen defender su fe, se exponen á tantas burlas, á tantas injusticias, á tantas persecuciones de parte de las autoridades republicanas?

Es muy natural que escritores de opiniones muy diferentes platiquen libremente entre sí, en lo indiferente de la vida literaria; pero cuando se lleva el nombre de duque de Larocheffoucauld, se es presidente de las derechas, el repre-

(1) En el *Journal Officiel* del 8 de marzo de 1871 (página 1.ª, columnas 4 y 5) se lee: El señor diputado Clemenceau *presenta y apoya* una petición del club republicano positivista de París suplicando que *Francia restituya Córcega á Italia.*»

Este deseo era quizás algo prematuro, pero está en camino de realizarse y el tratado concluido entre Alemania é Italia da satisfacción, según creo, en este punto al jefe de la extrema izquierda.

En la sesión del 4 de marzo presentó Clemenceau esta excelente proposición. Estrenóse así nuestro hombre en la carrera parlamentaria, no tenía entonces mucho más de los treinta años y me explico que se gritara tanto en tiempo del Imperio: ¡«Paso á los jóvenes!»

Apenas si nos formamos idea de lord Chatam ó del conde de Bismarck subiendo por primera vez á la tribuna para pedir la restitución á Francia del Canadá ó de Maguncia, pero tenemos siempre la fortuna de poseer hombres políticos en nada parecidos á los de otras naciones.

Desde aquí vemos, después de un desastre, alrededor de la mesa verde de un congreso, uno de los diplomáticos italianos de cabeza astuta y cautelosa como la de Nigra: «Tengo la satisfacción de decir que los deseos de nuestra querida Francia están de acuerdo con los de Italia: todos en Francia reconocen que Córcega no es francesa y hace ya diez y ocho años que un ilustre hombre de Estado, el señor Clemenceau, diputado de París, declaró que Córcega «formaba geográficamente parte de Italia.»

sentante de un príncipe, se tiene alguna importancia, no se sopetea de este modo, no se deja dar de mojicones por el hombre que fué cómplice por cobardía del asesinato de Lecomte y de Clemente Thomás.

Un sargento con el capote desabrochado se sentará en la cantina y bromeará con todos allí; pero cosed en sus mangas, como en el uniforme del viejo Hornus los galones de oficial y haced de él un abanderado, se os pondrá serio y no se prestará ya á ciertas familiaridades.

No puede exigirse de los jefes de la derecha que tengan el alma generosa de un Montrose, el jefe magnánimo de los Caballeros decapitado por su fe, de Montrose, «el más noble de todos los Caballeros, hombre acabado, de corazón valiente, espléndido, lo que puede llamarse el Caballero-Héroe»; pero, á lo menos se les puede pedir que tengan las manos limpias y miren á quien las dan.....

Pero, M. de la Rochefoucauld-Doudeauville ha tenido á lo menos la dignidad, en el momento de la elección de un presidente en lugar de Floquet, de evitar que un diputado de la derecha votara á favor de Clemenceau.

El *Matin* ha referido este hecho, que es también muy característico (1):

Antes del escrutinio habíase separado M. de la Rochette de sus amigos los realistas y había hecho una vigorosa campaña á favor del leader de la extrema izquierda.

Hasta el momento en que iba á depositar su voto en la urna, se mantuvo fiel M. de la Rochette á favor de su candidato, porque, al subir á la tribuna para votar, tenía una papeleta con el nombre de M. Clemenceau.

Pero entonces, el señor duque de la Rochefoucauld detuvo

(1) *Matin* del 5 de abril 1888.

á su colega de la derecha realista y, recordándole que era su presidente, díjole que no podía votar sino á favor del candidato escogido por sus amigos.

Obligado M. de la Rochette á sujetarse á la disciplina, debió cambiar su papeleta y depositar en la urna otra con el nombre de M. Méline.

Perfecto diputado este de una ciudad como Nantes, donde no se ha borrado todavía el recuerdo de las anegadas de Carrier, queriendo de todos modos tener por presidente un Jacobino, dispuesto á votar á favor de Clemenceau que ha injuriado á la heroica y cristiana Vendée, la Vendée de los Cathelineau, de los Stofflet, de los Bonchamps, que en plena Cámara osó decir estas infames palabras: «Cuando Francia tenía contra sí toda la Europa, la Vendée le hundió un puñal en la espalda.»

—¡Separacion de la Iglesia y del Estado, es decir ya no más pan para vosotros, pobres curas de la Bretaña y de la Vendée!— así habla Clemenceau.

—¡Mil gracias en nombre de los curas que han combatido para hacerme elegir! Voy á daros mi voto á fin de que se os aloje en un palacio y podais bañaros á vuestra vez en la famosa bañera de plata de Morny,— así contesta M. de la Rochette.

Hay hombres, repito, que pueden atreverse á todo. No será permitido siquiera ser rígido con Clemenceau por hechos que suscitarían anatemas contra Wilson.

—¡Oh! ¡ese Wilson! ¡ese Wilson!

—Pero ¿qué ha hecho?

—¡Oh! ¡miserable! ¡Vender la cruz, el pedazo de cinta gloriosa! ¡Qué pirata! ¿Habeis visto su última jugarreta?

—¡No!

—¡Es demasiado!.... El cerrajero á quien se ha nombrado caballero de la Legion de honor.....

Así se exclaman, se indignan, vociferan, protestan, espumean el *Intransigente*, el *Radical*, la *Linterna*, el *Siglo XIX*.

—Ese cerrajero, al fin y al cabo, habia hecho cerraduras, pero ¿podríais decirme qué ha hecho M. Cornelio Herz para ser gran oficial de la Legion de honor?

Al oír esto, los Rochefort, los Mayer, los Maret aprietan las nalgas, y, como se dice vulgarmente, toman las de Villadiego.

—Veamos ¿qué os pasa? No vayais tan deprisa.... ¿No quereis charlar un momento con los compañeros? ¿Y vuestra indignacion de hace un momento, dónde está?

Es imposible sacar nada de esos caballeros, solo exclamaciones vergonzosas que terminan siempre por las dos sílabas del nombre de Wilson, pero que nunca llegan á las tres sílabas del nombre de Clemenceau.....

Para personas que han tomado la moralidad pública por administracion y que sacan de ella unas cuantas mil libras de renta, parecería, sin embargo, oportuno el momento de dilucidar esta cuestion: ¿Qué ha hecho M. Cornelio Herz para ser gran Oficial de la Legion de honor?

Con permiso del lector, vamos á estudiar juntos el *curriculum vite* de este personaje. El tipo vale la pena de que uno se detenga en él y el Destino parece haberme reservado esta original fisonomía del interpolismo judío.

Nació Cornelio Herz en Besançon de padres bávaros, el 14 de setiembre de 1845; en los registros del estado civil está indicado como hijo de Leopoldo Hertz, encuadernador, habitante en la calle de Grauges, 32, y de Adelaida Friedmann su esposa. De un estudiado retoque del nombre de Corneille y de Hertz salió el nombre de Dr. Cornelio Herz soñado por Balzac y que ofrece al oído y á la vista no sé

qué de la edad media y de extravagante que sabe á su alquimista y á su Faust.

En un principio, el laboratorio de nuestro Faust fué una simple oficina farmacéutica; era *potard* en esta farmacia de la plaza Beauvau, en la que el inasible Walder cometió despues un crimen que permanece todavía rodeado del más impenetrable misterio. La principal ocupacion de Herz era lavar el perro y limpiar los botes. Por la proteccion del Dr. Legrand du Saulle, logró Herz entrar como interno en farmacia en un establecimiento de locos de los alrededores de Lyon, pero fué despedido por su incapacidad. Cuando la guerra, ingresó Herz en las ambulancias, y, merced al desarreglo general, es posible que llegara á ayudante mayor y que amputara algunas piernas. En todo caso, no tuvo entonces ninguna condecoracion.

Hecha la paz, juzgó Cornelio Herz que no era bastante completa aun la decadencia de Francia para poder presentarse delante de ella, y partió para América, estableciéndose en San Francisco, donde alquiló por 20 dollars al mes el derecho de servirse del despacho de un doctor durante una hora diaria.

Además de esto, removíase ya con una energía que hubiera permitido presagiar sus elevados destinos. Un chino habia puesto en completo desórden á San Francisco asesinando á un niño. Herz fué á encontrar un doctor llamado Stout quien tenia un periódico de medicina; hizole redactar acerca del caso del chino una consulta que publicó bajo su firma de Herz, y, durante algun tiempo no se habló sino de Cornelio Herz y del chino.

Sin embargo, la fortuna tardaba en llegar, aunque en la casa de nuestro hombre se manifestara un movimiento por demás calenturiento. Solo se veian coches de señores, caballos que relinchaban, cocheros que se injuriaban para lle-

gar más presto..... Desgraciadamente los habitantes de San Francisco no son novicios en el ramo y muy pronto se supo que era Herz quien alquilaba todos aquellos coches para que fueran á pavonearse en la calle que él habitaba.

En aquella época, prohibido el ejercicio de la medicina sin título, por una ley del Estado de California, el *California news letter* publicó simultáneamente en una columna el nombre de los *quacks* (sin título, traduccion literal; charlatanes sin escrúpulos) y en otra columna los nombres de los habilitados con título. Al frente de los *quacks* figuraba M. Cornelio Herz, quien desapareció por algunas semanas y volvió luego con un título del *Rush collège* de Chicago. Entonces el *California news letter* le hizo pasar á la lista de los titulares pero con la fecha de su título.

A pesar de los prodigios del bombo, no le aprovechó á Herz la medicina; entonces dirigió, por algun tiempo, el teatro llamado *Baldwin's theatre*.

Así que Cornelio Herz hubo tomado su direccion, el teatro estuvo lleno todas las tardes; pero ¡ay! esta vez era tambien artificial la prosperidad. En dos años solamente habia logrado Herz hacer en San Francisco 2 millones de deudas y los palcos estaban únicamente llenos de acreedores á quienes el director daba asientos para calmarlos algo.

Comprendió nuestro judío que era inútil obstinarse más y se fué de San Francisco.

No obstante, debo decir que se hicieron algunos esfuerzos por detener al ingrato. Habitantes del país, que por mucho tiempo se creyó que eran acreedores, pero que evidentemente no eran sino admiradores apasionadísimos, hicieron detener á Herz en el momento de tomar el tren, pero le soltaron y partió para Chicago y despues para Nueva-York. Aquí obtuvo una opcion mediante 10,000 dollars para el teléfono de Edison, pero no la pagó y le fué retirada, al